

# Guerras culturales

## La vida intelectual norteamericana, 1965-1990

Daniel Bell

Traducción de Francisco Segovia

*La siguiente es, basta dónde sabemos, la primera visión de conjunto de las disputas que en los últimos años han enfrentado a las tres grandes corrientes de la intelligentsia norteamericana: la radical, la neoconservadora y la del nuevo liberalismo. Las reflexiones de Daniel Bell se desarrollan en torno a las formas en que los intelectuales se han insertado en la sociedad —en las universidades, las edito-*

*riales, los medios de comunicación y las oficinas gubernamentales— y han desarrollado, en una sociedad burguesa, una cultura moderna de élite —que la lengua inglesa llama "cultura modernista". Por su extensión, publicaremos este importante ensayo —que puede leerse a la luz de nuestras disputas actuales— en dos partes: la primera, más extensa, ahora, y la conclusión en el número de junio.*

Y a no hay un centro intelectual en los Estados Unidos. Y probablemente en ellos ya no quedan intelectuales, al menos en cuanto *freischwebende Intelligenz*, según la terminología de Alfred Weber. La existencia de un estrato "socialmente independiente" era para Karl Mannheim uno de los hechos más distintivos de la vida cultural del siglo veinte, surgida de los escritores independientes creados por el mundo editorial y el mercado, o de los pintores, independizados ya del mecenazgo y libres de vender a través de un sistema nuevo, de marchantes. Mannheim escribió:

Uno de los hechos más impresionantes de la vida moderna es que en ella, al revés de lo que ocurría en las culturas anteriores, la actividad intelectual no es impulsada sólo por una clase socialmente definida con rigidez, como los sacerdotes, sino más bien por un estrato social en gran medida independiente de toda clase social, formado a partir de un área de la vida social cada vez más inclusiva. Este hecho sociológico determina esencialmente la singularidad de la mente moderna, que se caracteriza por no estar basada sobre la autoridad de una clase sacerdotal, por no estar clausurada ni cerrada sino, más bien, por ser dinámica, elástica, y hallarse en un constante estado de flujo y perpetuamente confrontada por nuevos problemas. (*Ideology and Utopia*, 1936, p. 139; la edición original es de 1929).

Qué anticuado suena esto más de medio siglo después. ¿Cuántos intelectuales hay fuera de las instituciones? Existe una actividad intelectual considerable... en las universidades; los *think tanks*; los centros de investigación sobre política social; los centros de estudios literarios de las universidades, bibliotecas y museos; los "institutos de estudios avanzados", cada vez más numerosos pero, una vez más, dependientes de alguna universidad; hay también actividad en el gobierno y las empresas, por lo común en los "comités de planeación", y algunas actividades o programas literarios en periódicos, revistas y medios de comunicación. Pero en todo ello no hallamos una amplia vida intelectual, ni un público extenso.

Uno no se las ve con el pensamiento o las discusiones intelectuales, sino con la "investigación", el "análisis político" y, en literatura, la "teoría". La vida literaria se vuelve cada vez más especializada, profesionalizada, terminologizada, y a menudo resulta hermética en cuanto a sus temas y

lenguaje. No hay un "lector común" como el que pretendía Virginia Woolf; resulta irónico, en cambio, que la vida de la misma Sra. Woolf se haya convertido en una pequeña industria y su obra (a pesar de las censuras de autora) en un icono para los críticos feministas más fervientes.

Esto podría ser cierto también para otras sociedades "avanzadas". Pero, con todo, uno sigue pensando en París como centro intelectual, con su concentración de universidad, editorial, emisoras y gobierno (donde los editores todavía financian revistas intelectuales) y con su tradición del pensador público "importante" —aunque hoy nadie iguale la estatura o influencia de un Raymond Aron o un Jean-Paul Sartre. Ahí hay un rey, M. Mitterand, que construye nuevos teatros de ópera, enormes bibliotecas y museos remodelados, y que tuvo como ujier y cortesano a M. Jacques Attali, quien había escrito diez, veinte —¿o son treinta?— libros, entre el amanecer y el mediodía (invirtiendo así la costumbre de M. Balzac). Ahí siguen ocupando las posiciones culturales más importantes los historiadores e intelectuales de más peso, como Georges Duby, Le Roy Ladurie, Roger Chartier o François Furet. (El único cortesano intelectual que hemos tenido en los Estados Unidos es el profesor Henry Kissinger, pero su monarca —alguna vez se arrodillaron juntos a rezar— era el andrajoso Richard Nixon.)

La vida cultural inglesa mantiene todavía la sonrisa del gato de Cheshire y las maneras felinas y el estilo y los chismes de una concentrada vida literaria donde, *mirabile dictu*, los libros son reseñados, a una semana de su aparición, en seis o siete periódicos o revistas de calidad. El *Times Literary Supplement* ha ganado vivacidad bajo la dirección editorial de Ferdinand Mount, novelista y ensayista político, mientras que el *London Review of Books* es una de las pocas publicaciones periódicas —si no la única— que incluyen largas y serias discusiones de filosofía. En él colaboran Richard Rorty y Hilary Putnam (dos norteamericanos), Bernard Williams y otros. La triangulación de gobierno, universidades y periodismo da sustento a periódicos como *The Independent*, *The Times*, *The Telegraph*, *The Guardian* y el *Sunday Observer*, aunque el consumismo activo de sus satinados suplementos semanales refleja las contradicciones del capitalismo. Sus textos, sin embargo, son a menudo chispeantes, sobre todo cuando reseñan los debates parlamentarios. *The*

*Economist*, por su parte, presenta semanalmente unas pulidas asesorías sobre política y economía, mientras que el *Financial Times* ofrece una sección cultural informada e iluminadora. Es periodismo de alto nivel, pero no mucho más que eso.<sup>1</sup>

Inglaterra rara vez ha tenido las revistas literarias de postín que tanto han proliferado en los Estados Unidos. *Encounter*, una publicación angloamericana editada en Londres, duró casi cuarenta años, pero un buen mes desapareció misteriosamente, sin siquiera chistar. *Granta*, una vivaz publicación que aparece en Cambridge, tiene por director a un norteamericano y presenta inteligentes artículos de crítica y literatura. Durante algún tiempo existió un grupo activo de revistas de izquierda, encabezado por la *New Left Review*, dirigida por Perry Anderson (que buscaba insistentemente traer el marxismo y el pensamiento europeos a los provincianos ingleses), y la tan *chic* *Marxism Today*, una revista comunista que combinaba la bohemia de las clases altas con el "socialismo de diseñador". Pero Anderson pasa ahora parte del año enseñando en California y *Marxism Today* suspendió su publicación con gran alharaca —es decir, con la alharaca de una fiesta en la que echaron la casa por la ventana y en cuyo baile de despedida se presentaron los "gliterati de izquierda" [gliterati: juego de palabras entre *literati* y *glitter*, "brillante, reluciente": r.]

La vida intelectual alemana, se dice, está fragmentada, dispersa. Pero las cuestiones políticas —debido sobre todo a los problemas de identidad, conciencia histórica y culpa— involucran necesariamente a un público educado, especialmente de historiadores y filósofos. El *methodenstreit* ha desaparecido, pero aún alienta el *historikerstreit* y todavía se puede leer a un Jürgen Habermas, un Michael Sturmer, un Thomas Nipperday, un Hans Magnus Enzensberger (cuya visión sobre la guerra de Irak fue una sorpresa para aquellos que lo habían clasificado políticamente), un Günter Grass, lo mismo que unos periódicos bien informados, como *Die Zeit* y el *Frankfurter Allgemeiner*, y revistas tan "densas" como *Die Spiegel*, cuyos análisis y discusiones culturales hicieron que el *Time* y el *Newsweek* parecieran revistuchas de supermercado.

Uno puede citar, sin mucho esfuerzo, otros ejemplos de brillantez, como el reflexivo periódico español *El País*, una voz crítica y autorizada, y su seria revista *Claves*, que a uno le recuerda, por su aliento, a la vieja *Der Monat*. Y en México existe aún el interés "a la antigua" por la literatura y las ideas que suscitan la inconfundible voz de Octavio Paz y su revista *Vuelta*.

El motivo de este rápido repaso es subrayar la aridez de la vida intelectual de los Estados Unidos. Hay una publicación regular de cultura general que lee "todo el mundo", *The New York Review of Books*, pero los escritores que destaca

y repite vienen generalmente de Inglaterra (con unos cuantos "antiguos conservadores" como Garry Wills y Joan Didion) y su audiencia es mayoritariamente universitaria. *The New Republic*, un semanario, es a menudo brillante y su sección final es culta y sofisticada, pero su temática es principalmente política y versa casi siempre sobre el *bellway*, que es una palabra empleada para designar la concentrada atmósfera de invernadero creada para la flora de Washington. *Commentary* y la *Partisan Review* —alguna vez centros de autoridad para la discusión intelectual y el compromiso con la cultura europea— se han disuelto, el primero por su posición fuertemente conservadora, el segundo porque han pasado a mejor vida "los intelectuales de Nueva York" y sus preocupaciones.

La generación anterior tuvo intelectuales tan independientes como Edmund Wilson, Lewis Mumford y Dwight Macdonald (el que volaba más libremente de los tres), ninguno de los cuales se identificaba con una cultura universitaria. Un libro que trata sobre este asunto, publicado en 1987 por un escritor itinerante y de izquierda, Russel Jacoby, se titulaba *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe*. El libro reseñaba la desaparición de una esfera independiente de la vida cultural de los Estados Unidos y señalaba el hecho de que los intelectuales que aparecieron hace treinta años, "como Daniel Bell, William F. Buckley Jr. y John Kenneth Gilbraith, todavía mandan en las alturas intelectuales". Estos "últimos intelectuales", dice Jacoby, escriban para el público culto. "Pero hoy son una especie en vías de extinción, sin sucesores jóvenes" —aunque todavía anda por ahí Norman Mailer, con su perpetua autopromoción.

Colocar la cuestión en este marco es, sin embargo, perpetuar los equívocos alimentados por Mannheim, porque este último (tal vez por influencia de la visión rusa) pensaba que los intelectuales estaban fuera de la sociedad, y que por lo tanto eran críticos para con ella. Pero en los Estados Unidos (si no es que en casi todos los países de hoy) "los intelectuales" —aquellas personas que dan forma a palabras e ideas, y las transmiten— están dentro de la sociedad, ocupan en ella posiciones privilegiadas, tienen planta en las universidades y un considerable poder sobre puestos y currícula, llenan los *elite media* (periódicos, televisión y Hollywood) y desempeñan papeles clave en las posiciones de grupo tanto en el congreso y el ejecutivo como en los estados y las instituciones políticas municipales.<sup>2</sup>

Pero una imagen estadística aislada puede resultar tan engañosa como hueca. Hay pocas cosas homogéneas en cuanto a las "categorías de ocupación", que no se especifican por generación, religión, sustrato étnico y otras variables que configuran actitudes políticas y morales. Uno puede hacer una distinción —arbitraria, pero que en algo ayuda— entre *cultura*

<sup>1</sup> El periodismo no es sólo una ocupación de prestigio en el Reino Unido, sino también un apéndice útil para los profesores de Oxbridge, que escriben muchas de las reseñas. En los últimos años hemos visto una oleada de escritores conservadores, y sería difícil encontrar un grupo de colaboradores regulares comparables a Charles Moore y Noel Malcolm, un par de escritores jóvenes del *Spectator*; Jonathan Clark y Norman Stone, dos acerbos historiadores de Oxford; Peter Jenkins, Neal Ascherson y Michael Ignatieff, tres comentaristas políticos liberales que colaboran en *The Independent* y *The Observer*; Roger Scruton, esteta y filósofo, que edita la derecha *Salisbury Review*; Paul Foot, un trotskista que escribe para la *London Review of Books*.

<sup>2</sup> Para dar una idea de la amplitud del *establishment* intelectual: en los Estados Unidos hay más de 3 600 instituciones de enseñanza superior, las cuales dan empleo a más de 700 000 profesores de *college* y universidad (más de diez millones de estudiantes están inscritos en programas de crédito —grado y otros cinco millones en los cursos de *college*). Hay alrededor de 350 000 científicos sociales, de los cuales unos 200 000 son psicólogos y 120 000 economistas. Hay 260 000 redactores y reporteros, más de 80 000 autores y 60 000 escritores técnicos, 200 000 bibliotecarios, 395 000 científicos naturales, 730 000 científicos dedicados a las matemáticas y las computadoras, etc., etc.

y *sociedad*, donde *cultura* representa las actitudes y tradiciones reinantes que son fuente de las creencias; es decir, las actitudes e intereses comunes de una *sociedad* que, en términos modales, definen a un pueblo. En algunos países —los islámicos, por ejemplo— existe entre estos dos términos una congruencia debida a la fuerza unificadora de la religión. En las naciones occidentales modernas, por otra parte, hay frecuentemente una división entre los dos ámbitos. Hoy los Estados Unidos son una *sociedad burguesa*, pero no una *cultura burguesa*. Son una sociedad burguesa por el énfasis que ponen en el individualismo y el materialismo, pero en el nivel de la *élite* son una *cultura modernista* —en cuanto aceptan el experimento, el nuevo diseño y las formas complejas. (Uno podría decir que, cuando se formó la república, había unidad entre cultura y sociedad gracias al papel unificador del protestantismo, el calvinismo de un Jonathan Edwards y el pragmatismo de un Benjamín Franklin. Hacia mediados del siglo XIX se abrió una fractura entre el avance de las actitudes populistas de la sociedad y el espíritu refinado de su cultura.)

La *cultura* de los Estados Unidos es, hoy en día, liberal en cuanto a *etbos* (especialmente en cuestiones morales y sexuales) y modernista en cuanto a su voluntad de aceptar tanto las expresiones nuevas, innovadoras, como la moda en las artes y la literatura. Es, para emplear la frase de Lionel Trilling, una "cultura adversaria", pues se opone a las actitudes sociales reinantes.<sup>3</sup> Con todo, la cultura adversaria está cada vez más atrincherada en las instituciones de la sociedad, especialmente en las universidades, y goza de una cómoda disconformidad para pavonear su nuevo snobismo, a menudo bajo la presunción de que sigue siendo "perseguida". Tales actitudes han provocado, inevitablemente, una reacción en el seno de la cultura de aquellos a quienes Sidney Blumenthal ha llamado "los contraintelectuales", o, en la arena política, "los neoconservadores". Estas diferencias han definido las guerras culturales que han tenido lugar en los Estados Unidos durante los últimos veinticinco años. Y son justamente estas guerras culturales lo que ha marcado la vida intelectual de los Estados Unidos. Con todo, a medida que nos acercamos al fin del siglo, comienzan a mostrarse los signos de un cambio.

## II

Durante los últimos veinticinco años, en la vida intelectual de los Estados Unidos ha habido tres corrientes que podemos denominar, *grosso modo*, radical, conservadora y liberal. Esta sección se ocupará de su trasfondo cultural y las siguientes de sus controversias actuales.

### LA MARCHA RADICAL

El movimiento radical tiene como origen principal los sucesos de 1968 —los disturbios universitarios de los Estados Unidos,

<sup>3</sup> Permítaseme distinguir entre la idea de "cultura adversaria" y la de "nueva clase", propuesta entre otros por Irving Kristol. Para Kristol, la nueva clase es un estrato que reúne a quienes ocupan las posiciones de *élite* en los medios de comunicación, las universidades y la industria editorial, y tienen una posición anticapitalista. Creo que la definición es una amalgama conceptual: pretende hacer caber en un mismo marco una posición estructural en la sociedad y una mentalidad cultural. Aquí, creo, la palabra *clase* mueve a confusión.

Francia, Alemania y, en menor medida, otros países. Se trataba, caso único, de un movimiento de jóvenes, similar al *Jugendbewegung* de la Alemania de principios de siglo, con su romanticismo, su autoengalanamiento, su ataque al materialismo y a la impersonalidad de una sociedad alienante y su empleo de las infatigables denuncias de Nietzsche contra la sociedad burguesa.

En los Estados Unidos, el foco del ardor emocional fue la Guerra de Vietnam y la conscripción obligatoria que por ella amenazaba a todos los jóvenes —aunque los estudiantes universitarios a menudo podían posponer o evitar el enrolamiento, con lo que el peso recayó desproporcionadamente sobre los jóvenes negros.<sup>4</sup> Sin embargo, el movimiento se debió también a la súbita irrupción —producida por un *boom* demográfico— de una gran cohorte de jóvenes ligada a la cultura de las drogas y el rock y, según su propia fantasía, a una revolución sexual.<sup>5</sup> Pero el movimiento no era revolucionario —en el sentido de que no disponía de un programa alternativo a la sociedad capitalista—, sino rebelde y, como es común en los movimientos rebeldes, sus metas fueron tan difusas como sus logros.

No obstante, había diferencias. En el pasado, particularmente en Europa, los movimientos juveniles se habían adherido a otros movimientos más viejos, políticos o artísticos. Lo que resultaba sorprendente de la Nueva Izquierda era que se había separado de las generaciones socialistas y comunistas anteriores, en parte debido al hiato de los años cincuenta —una década tranquila en la que gran parte de la vieja generación había hecho las paces con la sociedad— y en parte también porque los movimientos artísticos, como el expresionismo abstracto en pintura —a diferencia del *Brücke* o el *Blaue Reiter*—, eran ya una moda establecida.

El orgullo de la Nueva Izquierda estaba puesto en la palabra "nueva", que indicaba que estos jóvenes se había hecho de nuevo a sí mismos. Y existía una visión que, en sus impulsos y acciones, se diferenciaba de las doctrinas programáticas y algo escolásticas de los movimientos izquierdistas de los años treinta. Tres rasgos componían esta *weltbild*: la idea de una democracia participativa, el rechazo al privilegio

<sup>4</sup> Uno puede exagerar el impacto de la guerra de Vietnam y olvidar los rasgos estructurales subyacentes en la rebelión estudiantil: la existencia de una numerosa cohorte, consciente de sí misma, creadora de su propia "cultura", y su temor a un "armés organizativo", a una vida en las organizaciones burocráticas de gran escala, como son las carreras universitarias. En Japón se dio un caso interesante y opuesto: a principios de los años sesenta —mucho antes de que aparecieran movimientos semejantes en otras partes del mundo— el *Zengakuron* irrumpió en las Universidades del Japón, libró fieras batallas con la policía del país, esparció la semilla de las facciones revolucionarias terroristas y luego entró, humildemente y casi completo, al mundo corporativo.

<sup>5</sup> Digo "fantasía" porque más de cincuenta años antes se había iniciado una revolución sexual en los enclaves bohemios de Greenwich Village y otros centros similares, y tenía muchos seguidores en las clases "emancipadas". La diferencia, como suele ocurrir, residía en la *escala* —el mayor número de participantes; su propagación, hasta cierto punto, a otras clases— pero sobre todo en la atención y visibilidad que les brindó la publicidad que los medios masivos de comunicación hicieron de los "beats", los "hippies", los "flower children" y otros grupos parecidos, que alardeaban tener un "nuevo" estilo de vida.

de "la piel blanca" y la adopción de un sueño romántico y revolucionario puesto en el Tercer Mundo.

El énfasis en la democracia participativa, vagamente rousseauniana, se centraba en la idea de "comunidad", en la organización comunal de los pobres, los desposeídos e incluso el *lumpen proletariat*, ya que los criminales, especialmente los negros, eran considerados víctimas de la sociedad. El movimiento sindical fue en su mayor parte ignorado o ridiculizado como burocrático e "integrado" al capitalismo.

El rechazo del privilegio de "la piel blanca" significaba aceptar la culpa de ser blanco y declaraba que los países del Tercer Mundo eran un nuevo "proletariado externo" para los países de alma capitalista, punto enunciado por primera vez, irónicamente, por Arnold Toynbee, pero convertido a la sazón en *slogan* revolucionario por Lin Piao, que por entonces era el sucesor designado de Mao.

El romanticismo revolucionario era el saludo a un nuevo grupo de héroes —Mao, Fidel, el Che Guevara y, tras muchas vueltas del camino, Daniel Ortega y los sandinistas de Nicaragua. Mucho de esto era retórica, pero alcanzó su mayor publicidad cuando la Nueva Izquierda aceptó a las Panteras Negras (y a Franz Fanon como su avatar intelectual). El suceso más notorio ocurrió cuando *The New York Review of Books* publicó un artículo de Tom Hyden, uno de los líderes de la Nueva Izquierda, en un número que llevaba en la portada el dibujo de un cocktail Molotov y una frase de Mao: "El poder sale del cañón de un arma". (Nadie resultó herido por ello, excepto *The New York Review of Books*.)

Todos estos temas y posiciones se fueron deshilachando y emborronando con el tiempo. La democracia participativa metió a la izquierda en un berenjenal. Los individuos y las comunidades debían tener derecho a modificar las decisiones que controlaban sus vidas, y la izquierda daba por hecho que cualquier cosa que "el pueblo" quisiera estaría bien. Pero ¿qué hacer entonces con los católicos del sur de Boston, que llamaban a resistir la integración y el transporte escolar para los niños negros, bajo el pretexto de que tales cosas podrían perturbar su comunidad? ¿No debían ellos tener derecho a modificar las decisiones que controlaban sus vidas? ¿Hasta dónde llega la democracia participativa y en qué medida los individuos son también miembros de una constitución política más vasta e inclusiva, cuyas decisiones se aplican a todos?

La cuestión sobre los privilegios de "la piel blanca" a menudo significaba suscribir la violencia y el asesinato en favor de los militantes negros, el contrabando de armas dentro de las prisiones y la justificación de las acciones emprendidas por hombres como George Jackson, que mató a algunos guardias intentando escapar de la prisión. Pero estaba en la naturaleza de una sociedad democrática (e imperfecta) que los negros tuviesen que elegir entre integrarse al sistema y buscar una fuerza electoral y el poder, o bien hacerse aún más militantes y radicales. El movimiento negro se dividió inevitablemente. A muchos extremistas les ocurrió lo que a Eldridge Cleaver, que había ganado una gran notoriedad literaria y que, tras abandonar el país y errar durante años por Cuba y Argelia, volvió a casa, repudió su pasado y se convirtió en un cristiano renacido. La mayoría de los negros entró al sistema, y fue así como durante la década y media pasada los alcaldes de Nueva York, Chicago, Los Angeles, Detroit, Washington D.C., Cleveland, Atlanta, Newark y otras ciudades

más pequeñas han sido o son negros. Las Panteras Negras se esfumaron en casa.

En cuanto al romanticismo revolucionario, los miembros de una sección de la Nueva Izquierda, los "Weathermen", pasaron a la clandestinidad en los años setenta, pusieron bombas, asaltaron bancos, mataron gente y durante años llevaron una vida vacía hasta que, finalmente, se evaporaron en cuanto movimiento. La mayoría de ellos vivió un rosario de desilusiones: Mao y la Revolución Cultural; Fidel —en parte por el encarcelamiento de homosexuales y figuras públicas como Heberto Padilla (lo que provocó una protesta de Sartre)—; el Che —por la ineptitud que mostró en sus fallidos intentos de poner en práctica la teoría de la guerrilla revolucionaria de Regis Debray—; y así hasta la confusión creada por el rechazo a los sandinistas en Nicaragua, manifestado en unas elecciones libres y democráticas.

Pero, aun privados de causas, muchos miembros de la generación, y sus epígonos, mantuvieron una posición radical e iniciaron (en palabras de Rudi Dutschke) "la larga marcha a través de las instituciones". En los años ochenta, los encanecidos miembros de la Nueva Izquierda —que ahora tenían planta en las universidades, posiciones de poder en los medios de comunicación, Hollywood y las emisoras— iniciaron las numerosas *kulturkampf* que han hecho de muchas universidades un nuevo campo de batalla.

Prácticamente no existe un programa radical de índole política. Y de hecho el radicalismo tiene muy poca influencia en la política o en la sociedad. Su campo de batalla es la cultura; su terreno, el currículum y la "teoría". Su lenguaje, su retórica, y hasta cierto punto su análisis, fueron tomados originalmente de la Escuela de Frankfurt y de Lukács (aunque pocos saben que una y otro se atacaron mutuamente con violencia), así como de Gramsci. A medida que dichas influencias se fueron diluyendo, la nueva retórica y las nuevas blandronadas —en su justificación del nihilismo cultural— comenzaron a echar mano de Nietzsche, Heidegger y Derrida. La palabra clave, tomada de Gramsci, es "hegemonía", a lo que se agrega la necesidad que tiene la izquierda de minar la "cultura capitalista". Pero, como es difícil definir la cultura "capitalista", en la práctica esto no significa otra cosa que la legitimidad del capitalismo como un sistema justo. El ataque más afilado fue producto del movimiento de Estudios Críticos Legales, que se originó en la Escuela de Leyes de Harvard y se ha extendido a todas las escuelas de leyes de cierta importancia en los Estados Unidos. Dicho movimiento argumenta que la ley, y particularmente las decisiones judiciales, sirven para reforzar los sistemas de privilegio y dominación de la sociedad —una idea no muy original, que en los Estados Unidos data del "realismo legal" que defendieron Jerome Frank y Thurman Arnold en los días del "New Deal", sólo que ahora barnizada por una posición hegeliano-gramsciana que sustituye el carácter pragmático del primer movimiento. En la medida en que puede decirse que hay un pensador central, éste es Roberto Mangabeira, profesor de leyes de la Universidad de Harvard. Y en la medida en que se puede enunciar el tema central del impresionante y enorme número de libros que ha publicado la corriente, éste es la necesidad que tienen las sociedades de hallar un método para romper con las viejas, encostradas instituciones y crear unas nuevas. La dificultad es que falta una visión normativa; es decir: ¿qué debiera

ser la ley?, ¿qué es la justicia? Sobre este tema ha habido poca reflexión, fuera del énfasis de Unger sobre la necesidad de un continuo reordenamiento de las instituciones. Pero si la ley se cimienta, como la mayoría de las sociedades, en la tradición, ¿cuál puede ser la fuente de la "revolución permanente"?

Todo esto, sin embargo, es cosa del pasado. Desde entonces, entre los radicales (y en las ciencias sociales mismas) ha brotado una nueva tendencia sociológica: ha decaído el interés por la *clase* y el foco se ha trasladado al *género* y la *raza* como punto nodal del poder y la posición en la sociedad. Durante la última década, el feminismo y los estudios sobre los negros han sido el reducto del radicalismo en los Estados Unidos, y sus desafíos —que discutiremos más adelante— han planteado las preguntas más embarazosas para las instituciones establecidas y el pensamiento en general.

### LA VUELTA CONSERVADORA

Un neoconservador, según la burla de Irving Kristol, es "un liberal que ha sido zarandeado por la realidad". Sin embargo, cuando menos al principio, el término "neoconservador" fue un nombre inapropiado. La palabra no había sido inventada por los que la recibían como apelativo. De hecho fue acuñada en la revista *Dissent* por el escritor socialista Michael Harrington, que, en una maniobra típica de los viejos políticos sectarios, disfranzó su propia transición a la "derecha" —en este caso abandonar la política electoral independiente de los socialistas y afiliarse al Partido Demócrata— atacando a aquellos que, siendo demócratas, eran de tendencia escéptica. La etiqueta recibió sanción periodística en un libro escrito por Peter Steinfels: *The Neo-Conservatives: the men who are changing American politics* (1979). En su libro, Steinfels señalaba a Irving Kristol como el publicista del grupo, a Daniel Patrick Moynihan como el político profesional y a quien esto escribe como el teórico y moralista. Un buen número de los científicos sociales ligados a la revista *The Public Interest*, que fundamos Kristol y yo en 1965, fue identificado con esta orientación: los sociólogos Nathan Glazer, Seymour Martin Lipset y Robert Nisbet; los politólogos Samuel Huntington y James Q. Wilson; y, como antecedentes, personajes póstumos como Lionel Trilling, Richard Hofstadter y el investigador en leyes Alexander Bickel. La importancia del movimiento, decía Steinfels, aparte de la influencia de sus escritores y de las "ligas con el poder" que establecían por medio de su posición en las élites universitarias y en las comisiones gubernamentales, residía en su oposición al liberalismo y en el convencimiento de que el "neoconservadurismo es el conservadurismo serio e inteligente que ha faltado en los Estados Unidos".

Acaso no resulte sorprendente que, con todo, el contenido de ese supuesto conservadurismo no haya sido nunca explicitado. Y digo que acaso no resulte sorprendente porque, excepto por Robert Nisbet, que comulgaba con una fe durkheimiana en la comunidad, no había contenido conservador alguno que aquellos hombres pudiesen compartir. Si considero mis propios escritos, resulta que he sido crítico con la vida burguesa y que las proposiciones que hice con respecto a un "hogar público" en mi *Las contradicciones culturales del capitalismo* son representativas del liberalismo de John Dewey. (También me he descrito a mí mismo como

socialista en economía, liberal en política y conservador en cultura.) En sus escritos, Kristol ha buscado reunir el mercado libre y los principios de interés individual de Adam Smith con los principios de libertad de Edmund Burke —quien, a pesar de llevar la etiqueta de "conservador", fue casi toda su vida un *ubig*, tanto por su posición política como por su temperamento. Si hay alguna definición común posible —y si esto no resulta un oxímoron demasiado violento— sería la de una tendencia *ubig* escéptica: una esperanza en el progreso, pero dudando de que éste pueda ser posible.

Muchas de las dificultades en la comprensión de este término —que tiene ya más de veinticinco años— provienen del hecho de que ha habido dos fases en la orientación del "movimiento". La primera, identificada con la aparición de *The Public Interest* en 1965, era el interés central de la revista en las políticas públicas del país. Y hay en esto un hecho muy revelador: las publicaciones intelectuales más importantes de entonces —*Commentary*, *The New York Review of Books* y la *Partisan Review*— se habían inclinado hacia la "izquierda" y sus páginas estaban vedadas a aquellos que criticaban a la naciente Nueva Izquierda y su romanticismo revolucionario. Ninguna de esas revistas se interesaba en la economía o en la administración pública, aunque estos temas constituían el punto central de los programas de la Gran Sociedad de Kennedy y Johnson.

En el editorial que la inauguraba, *The Public Interest* se declaraba antiideológica, porque "la particularidad esencial de las ideologías [es] que no sólo prescriben metas sino que una y otra vez han propuesto interpretaciones prefabricadas... que resisten amargamente toda revisión sensata". *The Public Interest* insistía en la necesidad de una investigación social empírica y se mostraba crítica en cuanto a muchas de las vagas proposiciones que se hacían en las áreas de salud, educación y vivienda. La revista fue acusada de "pragmática" o de "tecnocrática" al tiempo que Norman Podhoretz, el nuevo director de *Commentary*, el que la había llevado a la izquierda, la ridiculizó con algún desdén (en su autobiografía, *Making It*, 1967) diciendo que era poco más que una "caja de sugerencias a la compañía" —aunque rendía pleitesía a sus mayores como hombres de talento.

Pero en el pensamiento de los "neoconservadores" había un tema más amplio, derivado de las experiencias de los últimos treinta años. Consistía éste en haberse percatado de que los esfuerzos de los Estados "socialistas" por hacer realidad en un mundo imperfecto los programas utópicos comenzarían por instaurar el terror revolucionario y terminarían en una pesadilla burocrática mientras que, por su parte, los esfuerzos de las sociedades democráticas por emplear "pruebas azules" en la planeación social tendrían consecuencias inesperadas e imprevisibles y que, si había que procurar una "ingeniería social", tendría que ser, en palabras de Karl Popper, "de a pedacitos". Así pues, la orientación filosófica subyacente es un escepticismo para con las utopías. Si eso es conservador, pues que lo sea.

Hacia el final de los años setenta hubo un claro cambio en la política de los Estados Unidos —con la elección de Ronald Reagan y el despunte de la política exterior, que tenía como centro de atención política la confrontación con la Unión Soviética y el aventurerismo en Latinoamérica. Esto colocó en primer plano a una serie de personajes, ex demócratas, que

antes no habían sido identificados con los neoconservadores. El "puente" entre los dos fue Irving Kristol, que para entonces ya se había hecho republicano y —gracias a las columnas que escribía en el *Wall Street Journal* y otras publicaciones— se había convertido en uno de los pensadores más importantes de los Estados Unidos. Para entonces ya se le habían unido Norman Podhoretz —ahora convertido en un "duro" en cuanto a política exterior, sobre todo por su apoyo a Israel y el partido Likud— y Jeane Kirkpatrick —que había publicado en *Commentary* un artículo en el que señalaba que los regímenes autoritarios estaban sujetos al cambio, pero que no lo estaban, en cambio, los regímenes totalitarios. El artículo de Kirkpatrick llamó la atención de Reagan, que la nombró embajadora ante la ONU a pesar de ser demócrata. La posición abiertamente ideológica de la administración Reagan en temas de política exterior atrajo también a muchos demócratas anticomunistas y a muchos ex-socialdemócratas que, provistos de sensatez política y habilidades propagandísticas, tomaron importantes posiciones políticas dentro del gobierno republicano —en la Voz de América, en el Fondo para la Democracia y en las negociaciones *vis-à-vis* con los rusos.

Dennis Wrong, en el comentario que hizo al libro de Steinfels, había señalado, a propósito del subtítulo, que "Parece mucho más probable que la política de los Estados Unidos cambie a los hombres que al revés". El que esto escribe abandonó *The Public Interest* diez años después de su fundación. El senador Moynihan opuso los principios wilsonianos en relaciones internacionales (defendiendo las leyes internacionales) al intervencionismo ideológico de Reagan.

Y, sin embargo, en la última década apareció en los Estados Unidos un claro movimiento neoconservador, que a una posición ideológica en las relaciones internacionales aunaba un repudio a la burocracia del estado de bienestar social, un compromiso con la economía de servicios y un rechazo a la "cultura adversaria". Con el apoyo de muchas fundaciones conservadoras, aparecieron entonces los numerosos periódicos conservadores que dominaron hasta hace poco la escena intelectual fuera de las universidades. Además de *The Public Interest*, existe una publicación gemela que se dedica a los asuntos internacionales, *The National Interest*, editada por Kristol. Los neoconservadores publican tres importantes revistas culturales: *The New Criterion*, dedicada a las artes y dirigida por Hilton Kramer, un talentoso crítico de arte en lo que respecta a la pintura, pero a menudo chillante (aun en los casos en que lo es justificadamente) en sus severas observaciones sobre la crítica cultural de izquierda; *The American Scholar*, la revista de Phi Beta Kappa —una sociedad honoraria importante para el éxito académico en los colleges de los Estados Unidos—, dirigida por Joseph Epstein, que escribe una columna ingeniosa y aguda sobre asuntos literarios; y la *Partisan Review*, que ha cumplido ya más de cincuenta años y hoy dirige William Phillips, quien fuera alguna vez bandera de los Intelectuales de Nueva York, pero que hoy, lamentablemente, no es más que una pálida sombra del que fue. *Commentary*, editada por el Comité Judío Americano, sigue siendo una revista brillantemente hecha, pero infatigablemente —si no es que monomáficamente— dedicada a atacar a la izquierda y a defender la política de mano dura israelí. Además de éstas, hay una enorme pila de revistas financiadas por organizaciones de derecha, como la *Policy*

*Review*, y muchas revistas estudiantiles conservadoras en las principales universidades, creadas por un buen número de fundaciones en las que Kristol tiene influencia. Lo que sorprende en todo esto es el gran abismo que separa a la cultura conservadora de la cultura liberal y de izquierda, una brecha que refleja las distintas esferas de influencia y antagonismo de ambas. La influencia neoconservadora se deja sentir sobre todo en Washington y en las instituciones gubernamentales (como el National Endowment of Humanities, que asigna becas), así como en las esferas de la administración pública. La influencia de los círculos liberal e izquierdista se ejerce principalmente en las universidades. Como muchos neoconservadores son también profesores en las universidades, se sienten aislados y despreciados en ellas; los izquierdistas y liberales, por su parte, se sienten atacados y desdenados en los círculos gubernamentales. Y es probable que ambos tengan razón.

La tercera corriente intelectual, aparte de la Nueva Izquierda activista y del movimiento reactivo neoconservador de las últimas dos décadas, está representada por el sorprendente resurgimiento del liberalismo filosófico. Se dice que los Estados Unidos de la posguerra mostraron a las claras tanto el triunfo como el agotamiento del liberalismo político. El triunfo fue la creación de un estado de bienestar social tan sólidamente fundado que tres gobiernos republicanos diferentes (los de Nixon, Reagan y Bush) no han logrado desmantelarlo, sino que tan sólo han estado matando de hambre. El agotamiento surgió de la conciencia de que se habían hecho promesas disparatadas —la eliminación de la pobreza, la creación de un sistema adecuado de salubridad, el mejoramiento de los niveles educativos—, y de que los costos para cumplirlos no sólo habían subido sustancialmente, sino que los sistemas se empantanaban cada vez más en la burocracia administrativa. Aunque esto ha sido probablemente un rasgo común de todas las sociedades industrialmente avanzadas, al caso de los Estados Unidos hay que añadirle la Guerra de Vietnam, que no sólo minó la confianza moral de la sociedad en sí misma, sino que atacó los programas de Gran Sociedad y desató de nuevo aquella fuerte inflación que había tomado más de veinte años extirpar del sistema. Con todo, ha habido una paradoja. Mientras que el liberalismo como política pública ha estado zozobrando, la filosofía política liberal ha irrumpido con gran entusiasmo y fuerza intelectuales y ha revivido un campo que había estado agonizando desde mediados de siglo, acusado de positivismo y criticado por las debilidades del utilitarismo que habían permeado el pensamiento liberal. Se puede decir que cuatro hombres, armados de un nuevo rigor y dispuestos a hacer entrar consideraciones normativas en los recintos filosóficos, han sido cruciales para estos cambios.

El primero ha sido John Rawls, de Harvard, cuyo libro *A Theory of Justice* (1971) ha inspirado innumerables discusiones y debates. Toda sociedad, arguye Rawls, requiere de algún sistema que distribuya los "bienes sociales primarios", donde se comprenden las libertades, las oportunidades, los recursos económicos y las condiciones de dignidad. La justicia es, con todo, el "mayor bien" (como quiera que se la defina), pero sólo en cuanto sistema de equidad. Su innovación consiste en proponer un "velo de ignorancia", de tal manera que los individuos, desconociéndose unos a otros, estarían

dispuestos a aceptar un resultado "óptimo", con lo que todos tendrían asegurada una equidad básica en la distribución de dichos bienes sociales primarios. Todos estos bienes deben ser distribuidos equitativamente, a menos que una distribución dispereja (debida al talento o a la inteligencia) pueda redundar en beneficio de todos.

Rawls parte del hecho crucial de que la escasez estará presente en toda sociedad (los socialistas habían dado por sentado que la tecnología crearía abundancia) y de que las asignaciones distributivas requieren de una norma moral justa para todos. La novedad del esquema de Rawls radica en que, aun partiendo de una premisa individualista, fuerza a los individuos a alcanzar un consenso colectivo. La base de esto no es utilitaria, sino un "contrato social" que se funda en la idea de Kant de que los individuos desean universalizar sus posiciones.

Ronald Dworkin, el segundo escritor, aunque profesor de jurisprudencia en Oxford, pasa la mitad de su tiempo en los Estados Unidos y ha publicado abundantes escritos sobre temas relacionados con la constitución norteamericana en muchas revistas de los Estados Unidos, especialmente *The New York Review of Books*. El mero título de uno de sus primeros libros de ensayos, *Taking Rights Seriously*, da un buen ejemplo de cuál es su punto de vista. Los derechos, según Dworkin, no nacen de una decisión política explícita —como las que prescriben el positivismo legal o las metafísicas leyes naturales—, sino que se derivan, como piensa Rawls, del "derecho a recibir el mismo interés y respeto" que tienen todas las personas. Mientras que para Rawls los cimientos de estos derechos son contractuales, para Dworkin los derechos se derivan de "nuestras instituciones sobre justicia" y del hecho de que, en la cadena de interpretaciones y razonamientos, el discurso y el debate racional acabarán por proporcionar una respuesta "justa". (Consciente de la debilidad de sus bases filosóficas, señalada por la crítica, Dworkin ha intentado hallar —en la "integridad" de la ley, el interés por la justicia— una coherencia subyacente más allá de las aplicaciones empíricas de la ley.)

La influencia principal de Dworkin se ha dejado sentir, sin embargo, en la aplicación de la idea de los derechos a cuestiones constitucionales. Centrar su atención en el "interés y respeto" le permite interpretar y extender la "cláusula de protección igualitaria" de la Decimocuarta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos a una acción asertiva para minorías, el "derecho a la privacidad", y de ahí al derecho de "elección", que se ha convertido en la palabra clave para hablar de aborto, preferencias sexuales (e.g. homosexualidad) y otras cuestiones morales de la misma índole.

Tanto Rawls como Dworkin, cada uno a su manera, buscan establecer normas unitarias para la organización política de la sociedad, pero se enfrentan a los problemas que plantea el hecho de que en la distribución de los "bienes sociales" pueda haber reglas distintas para la riqueza, el poder, el *status* y los otros bienes sociales. Y si hay leyes diferentes ¿cómo se pueden evitar la contradicción y la ventaja indebida? Estas son las cuestiones que plantea Michael Walzer, del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, en un libro meditado, *Spheres of Justice* (1983). Walzer argumenta que las distintas esferas pueden tener distintos principios distributivos, según sean pertinentes, fundados en los significados y valores sociales de cada una. Si la riqueza se gana libremente,

puede haber cierta falta de equidad. Mientras que todos tienen derecho al respeto, no todos lo tienen al aprecio o al *status* (e.g. la posición de profesor en una universidad). El principio básico es que los individuos que poseen alguna autoridad o ventaja en una esfera no puedan transferirla a otra, convirtiéndola ahí en otra ventaja (e.g. la riqueza en poder, o en acceso prioritario a los servicios médicos). Walzer busca mantener de esta manera el principio de pluralidad y equidad compleja, de modo que la dominación no pueda ejercerse uniformemente en las distintas esferas de la sociedad.

La cuarta persona que ha empezado a influir profundamente en la teoría moral y económica es el filósofo y economista nacido en la India Amartya Sen —que, después de una larga carrera en Inglaterra, enseña actualmente en Harvard—. Lo que Sen ha hecho es vestir a la teoría económica neoclásica con una serie de evaluaciones éticas y proveer de una visión más compleja de la persona a la teoría de la elección de servicios.

Según la concepción neoclásica del comportamiento económico, una persona no es más que un "manejo de preferencias" que se ordenan, en una escala de servicios, de acuerdo con los gustos o las necesidades de cada quien. Para Sen, que parte de la economía del estado de bienestar social, una persona o una familia se conciben como un "manejo de derechos" que consiste en unas "dotaciones" (la fuerza de trabajo de sus miembros) y en las demandas de apoyo social —como el seguro de desempleo, la seguridad social y cosas parecidas. Si para dar una medida del estado de bienestar social uno quiere aplicar un sistema como el del óptimo de Pareto, debe tomar en cuenta el carácter de estos "derechos", además del acceso a los mercados o recursos.

Sen ha aplicado este esquema conceptual con gran agudeza en su análisis del hambre y las hambrunas. La hambruna —como mostró en su estudio sobre la que padeció Bangladesh en 1974, *Poverty and Faim* y, más recientemente, en colaboración con Jean Dreze, en *Hunger and Public Action*— no es la escasez física de alimentos debida al fracaso de las cosechas o a la sequía, sino el hecho de que, en el caso mencionado, los derechos de los individuos no les garantizaron el acceso a los alimentos. Contra lo que podría parecer, la mejor política social no es aquí el piadoso impulso de ofrecer comida a través de un programa contra la hambruna —lo que podría conducir al robo o la corrupción, o a repartir la comida entre los que no la necesitan— sino la redefinición de los derechos y el ofrecimiento de empleos por los que la gente reciba un salario en efectivo —trabajando en obras públicas útiles para su localidad, como carreteras, canales de riego o alcantarillado—, de tal modo que dicho ingreso en efectivo lograría activar el mercado y saltarse los engorrosos aparatos administrativos. Además, una acción así podría resultar menos atractiva para los mejor acomodados, que son menos dados a tomar empleos de esta clase pero que, sin embargo, podrían recibir su parte en la repartición de alimentos.

Estos sondeos han suscitado muchos debates en los terrenos de la filosofía moral y política, la ética y la economía, en la discusión sobre el significado del individualismo y la comunidad o la naturaleza de la virtud y la justicia. La paradoja consiste en que, mientras que han ido raleando las prácticas de la política liberal, la filosofía política liberal se ha

"espesado". Queda por ver si esto abrirá nuevas vías en los programas o la política sociales.

### III

A la vuelta de la década, los dos sucesos políticos más importantes han sido, por una parte, el colapso del comunismo en la Europa oriental y la Unión Soviética y, por la otra, la guerra contra Irak en el Golfo Pérsico. Sorprendentemente, ninguno de los dos ha dejado una huella muy profunda en la comunidad intelectual de los Estados Unidos.

La razón del primer hecho es que durante la última década, si no es que desde antes, había pocos intelectuales que defenderían a la Unión Soviética o a los regímenes de la Europa oriental. En Francia los intelectuales se habían polarizado entre quienes apoyaban a la Unión Soviética y quienes apoyaban a los Estados Unidos. Pero, dado el antiamericanismo latente y las acusaciones al imperialismo, se habían inclinado hacia la Unión Soviética y habían minimizado la importancia de las revelaciones sobre su régimen. A esto se debe que los volúmenes de Alexandr Solzhenitsin sobre el Gulag hayan causado un efecto tan devastador. Cuando a éstas siguieron las revelaciones sobre las represiones de la Revolución Cultural en China, la generación del 68 —dirigida por pensadores tan maestros como André Glucksmann— se volvió violentamente en contra de los países comunistas. En la comunidad intelectual de los Estados Unidos había habido una poderosa fuerza anticomunista, dirigida por gente como Arthur Schlesinger Jr. y Sidney Hook; en un ambiente mucho más político, el anticomunismo estaba representado por Hubert Humphrey y la AFL-CIO. El único bastión que seguía siendo fuerte entre los izquierdistas era el antiamericanismo y las acusaciones contra el "imperialismo" —por lo que Latinoamérica siguió siendo el centro de su atención—, un conjunto de actitudes que se vieron reforzadas por la orientación agresiva del gobierno de Reagan. En ello iba la marca de una diferencia generacional: la vieja guardia intelectual había crecido haciendo del stalinismo el principal problema político de su vida, y las sucesivas desilusiones —de los Procesos de Moscú en adelante— reforzaron su anticomunismo. Para la generación de la Nueva Izquierda todo eso era historia "antigua", y fue la Guerra de Vietnam lo que definió su talante emocional y la base de sus actitudes antiamericanas.

¿El derrumbe del comunismo ha significado que han perdido validez las ideas marxistas? La respuesta a esta pregunta es más compleja. La mayoría de los economistas y sociólogos aceptarían que el marxismo tiene muy poca relevancia en la construcción de una sociedad "socialista" y que los mecanismos del mercado son necesarios para manejar una economía compleja. Muchos podrían argumentar todavía que el marxismo, desde distintos puntos de vista, es útil para analizar el capitalismo y la producción de artículos de primera necesidad. Muchos sociólogos marxistas —como Erik Olin Wright, de Wisconsin, y Fred Block, de la Universidad de California en Davies— se han apartado del pomposo análisis de "clases" marxista y, en diversas medidas, han adoptado como nuevo rasgo del desarrollo occidental un esquema post-marxista o postindustrial. El exponente más destacado de las ideas económicas marxistas, Robert Heilbroner, ha admitido el fracaso del "socialismo", pero, comprensiblemente, continúa

criticando las deficiencias del capitalismo. Como alternativa al capitalismo privado, algunos economistas marxistas —en especial John Roemer— han bosquejado las líneas de una economía socialista de mercado. Pero, en definitiva, esto no pasa de ser una empresa académica, aun en el mejor sentido de la expresión.

La Guerra del Golfo produjo una compleja reacción en la *intelligentsia*, especialmente entre los intelectuales judíos, que habían sido tan prominentes en la vida de los Estados Unidos. Pocos defendieron las pretensiones de Irak, aunque una revista como *The Nation* vio en las acciones norteamericanas una ilustración más del impulso imperialista por controlar el petróleo. Muchos escritores —como la feminista Barbara Ehrenreich, copresidenta de los Socialistas Democráticos de América— sostuvieron la posición (que recuerda a la del líder socialista Norman Thomas en 1939-1941) de que los radicales debían concentrar sus energías en las perversidades domésticas, más que en las extranjeras. La mayor parte de la comunidad intelectual —como fue el caso de los miembros del Partido Demócrata en el Congreso— se mostró de acuerdo con las sanciones económicas. Cuando se declaró la guerra, los congresistas demócratas apoyaron al gobierno. Una revista como *The Nation* se opuso a la guerra. Las dos principales revistas liberal/izquierdistas, *Dissent* y *Tikkun*, se dividieron internamente a propósito de la cuestión. *Dissent* —la revista que dirigen Irving Howe y Michael Walzer, de larga tradición socialista pero opuesta a la Nueva Izquierda— se abstuvo de hacer una declaración abierta sobre la cuestión debido a las divisiones internas de su consejo editorial. *Tikkun* —una revista nueva, formada por jóvenes intelectuales judíos— también se dividió, aunque su director, Michael Lerner, dio su apoyo crítico a la guerra. *Tikkun* (palabra hebrea que significa reparación, reconstrucción) se había fundado unos cuantos años antes como contrapartida de *Commentary*. Irónicamente, *Commentary*, fundada en 1945, había servido como vía para que los jóvenes intelectuales judíos de la época hallaran el modo de volver a la vida judía e incluso celebraran la sociedad norteamericana. Cuarenta años después, para la Nueva Izquierda, *Tikkun* era en sí misma una nueva vía para regresar a la identidad judía y a las nuevas raíces de la vida judía. La fuerte y reciente identidad con Israel se convirtió en su primera crisis, y la revista se dividió.<sup>6</sup>

Con todo, la sorprendente rapidez con que las fuerzas dirigidas por los Estados Unidos triunfaron en Irak apagó el debate sobre la guerra. A mucha gente se le revolvió el estómago ante la enorme cantidad de bajas infligidas a los iraquíes. Muchos aún se preguntan si la decisión de iniciar las

<sup>6</sup> La división en cuanto al apoyo a las distintas fuerzas de Israel es la "falla geológica" que separa a los intelectuales judíos y recorre muchas otras de sus divisiones. *Tikkun* ofrece un vigoroso apoyo al movimiento Paz Ahora de Israel y favorece un acercamiento con los palestinos. Pero también lo hacen muchas personas identificadas con los neoconservadores, como Nathan Glazer, Seymour Martin Lipset y yo mismo. Los líderes liberales judíos, como Henry Rosovsky, han iniciado un movimiento llamado *Nisbma* ("Escuchemos") para fortalecer el apoyo a las iniciativas de Paz en Israel dentro de la comunidad judía de los Estados Unidos, que a menudo teme hablar abiertamente sobre estos asuntos. Pero algunos publicistas importantes, como Norman Podhoretz e Irving Kristol, apoyan, lo mismo que sus revistas, a Yitzhak Shamir y el partido Likud.



actividades militares no fue demasiado precipitada. Sin embargo, parte de estas críticas se ha visto acallada por la divulgación de la capacidad nuclear secreta desarrollada por Saddam Hussein. Los crecientes problemas de la recesión en los Estados Unidos, tanto como sus famélicos servicios sociales, han hecho que la atención se vuelva hacia adentro. Puede que hoy por hoy este sea el acontecimiento más importante en la vida política e intelectual de los Estados Unidos.

Después de terminada la Segunda Guerra Mundial, y durante más o menos cuarenta años, las preocupaciones intelectuales de los norteamericanos se inclinaron fuertemente hacia las cuestiones políticas del stalinismo y el destino de los pueblos del bloque soviético. Lo que resulta sorprendente hoy es la rapidez con que todo esto ha pasado a la historia. La izquierda había hecho una defensa marcadamente emocional del Tercer Mundo y había lidiado con las cuestiones coloniales del imperialismo. El Tercer Mundo —en la medida en que sólo hay un "tercer mundo"— ha perdido su

encanto, sobre todo ahora que muchos de sus países entran a la economía de mercado y el problema racial de Sudafrica parece dirigirse hacia un arreglo. Existe perplejidad ante el surgimiento del nacionalismo y un llamado temor a la expansión del fundamentalismo islámico, pero pocos intelectuales —si es cierto que los ha habido— han sido capaces de enfrentarse a estas cuestiones. Los liberales todavía hablan de la necesidad de difundir la democracia por el mundo entero y de ayudar a las naciones de Europa oriental en lo económico y en la construcción de nuevas instituciones (aunque también son conscientes de que es posible un giro a la derecha en dichos países). Políticamente, la izquierda se ha vuelto aislacionista y ha vuelto su atención no sólo a los problemas domésticos sino, lo que es más, a los debates sobre cuestiones de feminismo y de género y al multiculturalismo en las escuelas. El mundo se ha hecho centrípeto, no sólo política, sino también intelectualmente. De estas remolineantes divisiones se ocupará la próxima sección. □

